

donantes de memoria, algunos de cuyos testimonios también han sido incluidos en el libro. Los descarnados relatos de esta Historia oral revisten de humanidad la fría y aséptica información que se desprende de las cifras, en cuya consideración a veces se relativiza la realidad de las historias que se hallan englobadas en ellas.

En los últimos años la historiografía contemporánea está asistiendo a un gran interés por lo que se ha dado en denominar *Memoria Histórica*. Al margen de las complicaciones terminológicas del concepto, considerado por muchos contradictorio, lo cierto es que se trata de un fenómeno generalizado en lugares donde se ha producido un trauma nacional, como en la Alemania nazi, la Francia colaboracionista de Vichy o todos los países que han conocido una guerra civil en su historia reciente. El *Deber de Memoria* esgrimido por unos es contestado por la acusación de otros de remover viejos fantasmas y fomentar el rencor. Pero los traumas no se solucionan con el olvido desde el desconocimiento, sino más bien con el perdón desde el conocimiento de la verdad. Nadie debería acusar a quienes pretender recuperar la historia de abrir viejas heridas, ya que en muchos casos se trata de heridas que jamás fueron cerradas para algunos.

Julián Chaves Palacios (1957-) es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Extremadura. En su labor investigadora destacan los estudios dedicados a la guerra civil española, que ha publicado en diversas obras de colaboración, artículos y libros, como *Guerrilla y franquismo: memoria viva del maquis Gerardo Antón (Pinto) (2005)*, o *Violencia política y conflictividad social en Extremadura: Cáceres en 1936 (2000)*. Actualmente es director del proyecto de investigación "Recuperación de la Memoria Histórica en Extremadura", en el que colaboran la Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura, ambas Diputaciones Provinciales y la Universidad de Extremadura.

Katixa Bea Garbisu
Universidad de Navarra

Herrerín López, Ángel, *El dinero del exilio. Indalecio Prieto y las pugnas de la posguerra (1939-1947)*, Madrid, Siglo XXI, 2007. XV+252 págs. ISBN: 9788432312908. 18€.

Índice, ix; Introducción, xi; 1. La actividad de la JARE en México, 1; 2. La protección a los refugiados en la Europa de Hitler, 69; 3. La ayuda de la JARE en otros países, 115; 4. La intervención mexicana y la constitución del gobierno republicano en el exilio. La rendición de cuentas, 153; Conclusiones, 231; Índice de tablas y gráficos, 237; Fuentes, 239; Bibliografía, 241; Índice onomástico, 247.

Si hubiese que definir este trabajo en pocas palabras, podríamos decir que estamos ante una investigación sobre material de archivo, novedoso y clarificador, lo que configura un libro riguroso y especializado. Pero más allá de una definición profesional, estamos también ante la manifestación de un

drama humano, el del exilio, el de los refugiados, el de las miserias y rencores tras la derrota.

Cuando en junio de 1921 la Sociedad de Naciones estableció la Alta Comisión para los Refugiados a cargo de Fridtjof Nansen surgía la primera organización internacional de ayuda, haciendo frente al problema que implicaba el éxodo en Rusia, el de los Armenios y, en general, las consecuencias de la I Guerra Mundial. Sin embargo, con ello no afrontaba un problema nuevo, pues, como se ha puesto de manifiesto en el reciente libro coordinado por Jordi Canal para España (*Exilios: los éxodos políticos en la historia de España, siglos XV-XX*, Madrid, Silex, 2007), los refugiados eran una consecuencia inmediata de cualquier conflicto bélico. Tal vez el cambio se producía en la percepción que la Sociedad de Naciones, con su impulso al pacifismo y a la relación armónica entre las naciones, trató de difundir. Desde esos años veinte otros organismos se sucederían en el apoyo a unos éxodos que, lejos de disminuir, aumentaron de forma considerable, mostrando la dureza de la guerra ya no sólo para los militares, sino sobre todo para los ajenos al combate directo. Estas diásporas, masivas en muchos casos, se han incrementado a lo largo del siglo XX, generando una creciente reflexión sobre sus implicaciones y consecuencias (Jana Evans Braziel y Anita Mannur, *Theorizing diaspora: a reader*, Malden, Blackwell, 2003).

Es en este contexto en el que cabría incluir las organizaciones que, tras la guerra civil española, trataron de proteger a los exiliados que hubieron de dejar su tierra ante el cambio de rumbo político e ideológico de su país. Como en otros casos europeos, una situación de cambio político o de dominio territorial forzó a poblaciones enteras a abandonar sus lugares de origen, en una Europa que siguió conociendo la forzosa emigración derivada de las luchas por el poder (Michael R. Marrus, *The unwanted. European refugees in the twentieth century*, Philadelphia, Temple University Press, 2002).

En esta línea, el libro de Ángel Herrerin se fija en lo referido no tanto a la emigración de las élites políticas e intelectuales, sino que avanza hacia el conocimiento de los anónimos y forzados protagonistas de la huida de su tierra, y lo hace a través del análisis de las fuentes económicas que muestran las vías a través de las cuales se organizó la salida material y el asentamiento en el exilio. Pese a la dificultad que impuso la huida, muestra el libro la estructura de ayuda que se elaboró con fines asistenciales, especialmente a través de una de esas organizaciones, la JARE (Junta de Auxilio de los Republicanos Españoles), entre su creación, en noviembre de 1939 y su incautación por el gobierno mexicano en noviembre de 1942. De todo ese período se analizan los múltiples problemas por los que atravesó, principalmente por razones políticas, dado que la distribución de ayuda se guió, en muchos casos, por filias y fobias ideológicas más que por criterios de ayuda humanitaria. Hay que tener en cuenta, pese a ello, que este conjunto de

iniciativas vivió un tiempo convulso, pues pocos meses después del final de la guerra civil comenzaba la segunda guerra mundial, por lo que el traslado de refugiados se hizo extraordinariamente complicado. No es difícil evocar la escena de la película *Casablanca* (1942) en la que el joven matrimonio trataba por todos los medios de salir de la ciudad rumbo a EE.UU., para imaginar las reales dificultades de los españoles que se encontraron en iguales circunstancias. En este sentido, cabe destacar el análisis de las gestiones y de la recepción que países como la República Dominicana de Trujillo, preocupada por su imagen internacional, con pretensiones de “blanquear” la raza, y esperando recibir las inversiones que ayudasen al asentamiento de los españoles. Sin embargo, éste destino acabó resultando un fracaso y fueron muy pocos los que se quedaron de forma estable. De hecho, fue sobre todo México, el que brindó una mejor y más amplia acogida a los españoles, incluso a pesar de su propia situación interna y de las presiones de ciertos sectores en contra de la presencia de una inmigración claramente marcada por su ideología extremista. Pese a todo, destaca el gran papel realizado por la representación diplomática mexicana bajo el gobierno de Vichy, pues ella se encargó de la gestión de los fondos y del envío de los refugiados hacia América ante una administración, la de Petain, claramente favorable a Franco. En septiembre de 1940 se calculaba en unos 130.000 los refugiados que permanecían en Francia (p. 71), muchos de ellos con la amenaza de la extradición. Esto obligaría a los representantes diplomáticos mexicanos a gestionar un servicio jurídico que hiciera frente a estas peticiones del gobierno de Franco (en marzo de 1941 se elevaba a unas 2.000 peticiones, p. 76). De ahí que un elemento central fuese la decisión sobre quiénes habían de abandonar Europa, estableciéndose la pugna entre los partidarios de enviar a quienes tuvieran más riesgo de ser extraditados, es decir, los altos cargos republicanos; y quienes pensaban que todos tenían que tener iguales oportunidades, priorizando a aquellos que estuvieran en peores condiciones de vida. También aquí surgieron acusaciones de partidismo, y entre quienes más se quejaron de él estuvieron los cenetistas. De hecho, en el barco *Nyassa*, que llegó a México en mayo de 1942, viajaron 396 pasajeros, de los que sólo 3 pertenecían a la CNT y 4 al PCE, por 106 del PSOE, 81 de Esquerra o 60 de Izquierda Republicana (p. 89). Hubo ayudas a refugiados españoles en otros países, como Inglaterra, Portugal, Suiza, Suecia, pero sobre todo a los llegados a otros países latinoamericanos (los de Chile seleccionados, por ejemplo, por Pablo Neruda, cónsul en París, que primó a los pertenecientes a organizaciones comunistas).

Ya desde el comienzo de su andadura, la JARE, inspirada y gestionada directamente por el socialista Indalecio Prieto, chocó con Juan Negrín y el SERE (Servicio de Emigración de Republicanos Españoles/ Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles) y sus servicios anexos,

como el CTARE (Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles). Uno de los primeros motivos de enfrentamiento fue la cuestión del *Vita*, el barco que transportaba un cargamento de alhajas y bienes incautados durante la guerra, y cuyo contenido nunca se llegó a saber con certeza, ni su valor, ni el fruto de su venta, en ocasiones precipitada por el convulso contexto internacional y por el temor a una reclamación oficial desde la España franquista. Este “tesoro”, que por azar cayó en manos de Prieto, fue el embrión para la creación de la JARE, cuyos estatutos aprobaba la Diputación Permanente de las Cortes en el verano de 1939. Como señala el autor, “[e]stos fondos eran la base primordial de la JARE y, en las duras circunstancias del exilio, su posesión implicaba un poder excepcional, al que el dirigente socialista no estaba dispuesto a renunciar” (p. 9). Pero además, estuvieron también los recursos generados por los valores que se mantuvieron en poder del grupo gestor de esta organización, así como el material aeronáutico que se había adquirido para la República y que el final de la guerra dejó sin entregar.

Después de analizar con detenimiento estas fuentes de recursos, describe Ángel Herrerín con detalle el destino de las mismas, canalizada a través de la Comisión de Socorros a los refugiados españoles que los solicitasen. Es en aspectos como éste donde se aprecian las desigualdades y el uso político de los fondos de ayuda, pues, como recoge en la tabla y el gráfico de la página 27, la mayoría de estos, un 61% fue a parar a manos de republicanos y socialistas, generalente además pertenecientes a los grupos dirigentes de esas organizaciones. Todavía hoy causa sonrojo la situación y el autor señala: “al calificativo de elitista en el reparto de las ayudas, había que añadir el de tacaño, pero sólo con los más débiles, pues las cantidades [...] eran una auténtica miseria” (p. 30). Además de esta comisión, se organizó también un Comité Femenino, encargado fundamentalmente de la instrucción y educación de los hijos de refugiados de escasos recursos, así como de la organización de albergues y comedores. De entre sus ámbitos de actuación destaca el Colegio Madrid y el haberse ocupado de los niños de Morelia. En tercer lugar se ocupó la JARE del servicio médico farmacéutico, “una de las actividades más importantes de las desarrolladas” (p. 44), pues sirvió para mejorar las maltrechas condiciones de salud de muchos de los refugiados. Además de esta labor asistencial, y en contrapartida por la generosa recepción que tributó México, se procuraron poner en marcha iniciativas agrarias e industriales, canalizadas las primeras a través de los asentamientos rurales que impulsó el presidente Lázaro Cárdenas y las segundas a través del HISME (Gabinete Hispano Mexicano de Estudios Industriales), cuya pretensión era crear industrias. Si algo puede caracterizar ambas iniciativas fue su fracaso, las primeras por carecer de mano de obra cualificada, pues la mayoría de quienes emigraron tenían como profesión tareas del sector secundario y sobre todo terciario (77’84% en total); las segundas, por la incapacidad

ciudad para culminar actividades que dependían por completo de las ayudas que recibían. Paradójicamente, además, como señalaba Indalecio Prieto en febrero de 1940, tenían que ser estas empresas de “carácter genuinamente capitalista, desechando todo sistema de pseudo-colectivización e imponiendo a nuestra mano de obra el sentido indispensable de la disciplina” (p. 50).

En todos estos casos, tanto los vinculados a la prietista JARE como a la negrinista SERE, las acusaciones de partidismo en la concesión de ayudas fueron constantes. Esto llevó al enfrentamiento continuo entre las diversas organizaciones de refugiados españoles (FME, Fundación México España; AIEM, Asociación de Inmigrados Españoles en México), que recurrían con frecuencia a las autoridades mexicanas. El problema es que en estas controversias “terminaron perdiendo de vista [...] el fin último de su cometido: la ayuda a los exiliados españoles. Ambos grupos administraron los bienes, en demasiadas ocasiones, como si fueran organizaciones privadas y manejaron los fondos sin ningún tipo de control por parte del conjunto del exilio español. Estas circunstancias favorecieron que actuaran dando preferencia a los militantes de sus partidos o afines, olvidando que los fondos pertenecían a todos los españoles exiliados” (p. 159). Esta controversia permanente se reflejó con claridad en el proceso de incautación de la JARE por el gobierno mexicano, cansado de los conflictos y de las repercusiones que tenían en su situación interna, así como de la escasa transparencia de Prieto y su equipo en la gestión de los fondos. Tras tres años de gestión a cargo de la CAFARE (Comisión Administradora del Fondo de Auxilio a los Republicanos Españoles), a la que también se acusó de partidismo y elitismo, aunque de forma mucho menos virulenta que a sus antecesoras, los restos de este entramado pasaron a incorporarse al recién constituido gobierno de la República en el exilio presidido por Giral desde julio de 1945. No consiguió este gobierno grandes resultados, pues ni pudo saber los fondos reales de los que se dispuso en los años previos, ni consiguió suavizar las relaciones tensas entre los distintos sectores del exilio. Prieto no obtuvo la aprobación de su gestión al frente de la JARE y, en buena medida, la crisis del gobierno Giral, en 1947, respondió en parte a esta cuestión. Como concluye el autor: “Indalecio Prieto no obtuvo el refrendo a una gestión que resultó ser una moneda con dos caras bien distintas: en el dulce anverso, Prieto recuperó el liderazgo en el seno de su partido, influyó de forma determinante en las instituciones republicanas y, en fin, ocupó el centro de la vida política del exilio español. En el amargo reverso, Prieto se convirtió en el objetivo de las críticas, la ira y el desdoro de todos aquellos que se sintieron marginados por su actuación al frente de la Delegación de la JARE en México” (p. 236).

Ángel Herrerrín López es profesor en el Departamento de Historia Contemporánea de la UNED en Madrid y de la Fundación Ortega y Gasset en Toledo. Ha sido profesor visitante en la Universidad de Minnesota. Entre sus libros cabe destacar *La CNT durante el franquismo*.

Clandestinidad y exilio, 1939-1975 (2004), así como un buen número de artículos en libros y revistas.

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Sevillano Calero, Francisco, *Rojos. La representación del enemigo en la guerra civil*, Madrid, Alianza Editorial, 2007. 183 pp. ISBN: 978-84-206-4831-6.

Introducción, 11; 1. La distinción del enemigo, 19; 2. El terror rojo, 43; 3. Madrid, capital roja, 63; 4. Patología del marxismo, 87; 5. Retratos de mujer: “rojas” y “azules”, 107; 6. Humorismo del enemigo, 127; 7. El humor que fluye de la radio, 141; 8. La estigmatización de los vencidos, 169. Epílogo. A modo de conclusión teórica, 175; Índice analítico y onomástico, 181.

La percepción que tenemos del mundo depende de un conjunto de categorías a través de las cuales las hacemos comprensibles. Estas formas de ver lo que nos rodea son instrumentos que cada cultura, cada sociedad, crea de forma explícita o implícita y con un evidente sentido práctico. Sus manifestaciones pueden ser palmarias, como en los tópicos o estereotipos, pero pueden llegar a ser extraordinariamente sutiles, como expresó con claridad Victor Klemperer en su *LTI*. En cualquier caso, uno de los caminos que éstas adoptan es el lenguaje, difícilmente comprensible ya como una mero reflejo de la realidad y sí, en cambio, herramienta de percepción.

El libro de Francisco Sevillano nos muestra un ejemplo de esta herramienta, el uso del lenguaje como constructor de una realidad, como proceso de consolidación de la imagen del enemigo tanto en la guerra civil de 1936 como a partir de ella. El “descubrimiento” de la propaganda como instrumento para ello añadió una nueva forma de violencia, hizo más global un enfrentamiento que mostraba la novedad de una guerra en la cual habían desaparecido viejos códigos caballerescos, enterrados definitivamente en las riberas del Somme o del Mosela, cuando las tempestades de acero que aún cobijaban ideales de juego limpio y lucha civilizada dieron paso a un ser humano concebido de forma muy diferente. Como señala el autor: “La yuxtaposición de varias formas de violencia provocó el exterminio del enemigo, haciendo que la violencia extrema fuera no sólo un medio, sino un fin: la depuración de España por la sangre, que muchos entendieron como una contrarrevolución preventiva” (p. 14). En este sentido, la categorización del enemigo no como contrincante, sino como el mal que requería ser destruido –como señalara Carl Schmitt–, generalizó su repercusión más allá de los combatientes y exigió la deshumanización y ridiculización de *todo* aquel que estuviese en el lado considerado incorrecto.